¡RAYOS!... ¡RAYAS! -PEQUEÑA CRÓNICA SOBRE EL ORDEN Y DESORDEN DE LA RAYA EN EL IMAGINARIO OCCIDENTAL-

Dra. Laurence Le Bouhellec

Desde nuestro observatorio del siglo XXI, queda bastante claro no solamente que cada época ha ido produciendo sus respectivos códigos simbólicos con sus consecuentes cargas societales, sino que en la larga duración, estos códigos pudieron sufrir inversiones tan radicales como imprevisibles. Un buen ejemplo de aquellas posibilidades de reestructuración radical de los códigos simbólicos culturales lo ofrece la raya: abiertamente diabólica, hace un milenio se volvió un icono plástico contemporáneo con Daniel Buren desde los años 60. Veamos.

A partir de los siglos XII y XIII, y en documentos de todo tipo, empiezan a aparecer cada vez más alusiones al carácter altamente negativo y peyorativo, hasta diabólico, del uso de la raya en la vestimenta. Judas, claro, pero también el caballero felón de las novelas asociadas al ciclo de la Mesa Redonda, la prostituta y el verdugo, pero también el judío, el herético y el leproso, el bufón y el juglar, todos los actores reales o simbólicos que, de una manera o de otra, la sociedad de aquel entonces tiene catalogados

como abierta o potencialmente peligrosos para el mantenimiento del buen orden societal aparecen con vestimenta de rayas: todos tienen que ver de lejos o de cerca con el Diablo, ya que perturban –o pueden perturbar– y pervierten –o pueden pervertir– la norma del orden establecido. De ahí la necesidad de señalarlos visualmente sin la menor posibilidad de confusión y ¡qué mejor que la raya para cumplir con tal propósito!

En aquellos tiempos, cuando en la libertad de la vestimenta todavía ni se llegaba a soñar, las leyes suntuarias y demás decretos sobre vestimenta que proliferan a lo largo de los años, en la mayor parte de las ciudades meridionales de la Europa de final del Medioevo, dejan siempre muy claro el uso socialmente discriminatorio de las prendas, colores y rayas: a cada quien le toca llevar la vestimenta pertinente según su sexo, estado y rango *so pretexto* de sanciones y multas correspondientes. Y en todos estos textos, la raya queda siempre asociada de una manera o de otra a la transgresión, a la anomalía. Falta ahora interrogarse sobre el porqué de esta asociación tan cargada ideológicamente entre el ámbito de lo visual y de lo social que, quizá, sólo termina enfatizando ciertos elementos característicos del ojo medieval y su temor hacia cualquier elemento pensado como posible vector de lo no homogéneo, perturbador potencial de lo ya dado y aceptado.

Al respecto, las múltiples investigaciones realizadas desde hace décadas por el historiador francés Michel Pastoureau[1] dejaron claro que el universo simbólico del Medioevo europeo parte de una peculiar visualización y, por ende, de un peculiar entendimiento de la estructura de las superficies, cuyas particularidades quedan agrupadas en las siguientes cuatro categorías: primero: *l'uni* (*lo liso* que no tiene *per se* ningún valor preasignado); segundo: *le semé* (*lo sembrado* que refiere a una superficie monocroma sobre la cual quedaron aplicadas con intervalos regulares pequeñas figuritas de un color ligeramente más claro); tercero: *le tacheté* (*lo manchado*, una variante del sembrado pero, esta vez, las pequeñas figuras dispuestas sobre la superficie tienen forma irregular y están además colocadas de manera desordenada)[2] y por último: *le rayé* (*lo rayado* que se opone tanto a lo liso

como a lo manchado y que se asocia a lo dinámico, al paso de un estado a otro, al cambio y a lo no estable).

No hay la menor duda al respecto: textos e imágenes –sobre todo la imaginería religiosa– coinciden en señalar y dejar claro el peligro que representa lo rayado en este mundo. Simboliza lo que fractura y disuelve, lo que borra irremediablemente lo unido y lo homogéneo. Es la puerta abierta hacia lo diverso, hacia la variedad y *varietas*, en aquel entonces, se conecta directamente con el ámbito de lo pecaminoso e infernal. De ahí que lo rayado resulta tan temible como lo pelirrojo: bien lo señala también a su manera *le Roman de Renart*[3], este paradigmático texto en el que los animales pelirrojos, así como los manchados o rayados, integran un mismo grupo, el de los mentirosos, ladrones, codiciosos y lúbricos...

Progresivamente, la raya va adquiriendo cada vez más campo visual al quedar asociada a la distinción laboral de todos los empleos considerados subalternos o francamente serviles requeridos por una sociedad, que nunca termina de lucir sus diferentes y complejos tipos de clasificación social. Y en esto sí hay igualdad: tanto los hombres como las mujeres ostentan la misma vestimenta rayada según lo requiere su oficio.

Pero estamos ya en el siglo XV y para aquel entonces, se recurre a la raya también como marca distintiva para los pueblos juzgados alejados de la Civilización, digamos "inferiores". Así que no debemos sorprendernos si por estas fechas uno de los Reyes Magos aparece con un traje de rayas en alguna escena de la Adoración... Y si bien las posteriores olas románticas y revolucionarias intentarán establecer nuevos códigos, nunca se lograrán destruir del todo los anteriores, así que han terminado por coexistir dos sistemas de valores opuestos y, eventualmente, contradictorios: rayas verticales de la vestimenta del preso y de los barrotes de la ventana de su celda; rayas horizontales de la ropa del marinero y, en general, de cierto tipo de ropa de playa y mar asociada al tiempo libre y a las vacaciones; rayas higiénicas de la pasta de dientes; rayas irregulares del código de barras; rayas contemporáneas de 8,7 cm de distancia de Daniel Buren, asociadas siempre a un contexto definido[4] y que le valieron –para su colocación *in situ* en el pabellón

francés– el *León de oro* de la Bienal de Venecia en 1986.

¿Llegó el momento de la consagración de la raya? Bien parece, más aun cuando las dichosas rayas dejaron de ser efímeras en la propuesta plástica de Daniel Buren y se instalaron definitivamente –por lo menos así lo pretenden– sobre las 260 columnas de mármol blanco y negro colocadas en 1986 en el patio de honor del *Palais Royal* en París a petición del Ministro de Cultura de aquel entonces.

Pero, quizá no fue así de simple liquidar siglos de negatividad asociada a la raya: no solamente las popularmente conocidas como *columnas de Buren* se deterioraron rápidamente, sino que además su colocación desencadenó, por muchos años, olas muy fuertes de violencia verbal y agresividad en contra del artista y de su obra, vueltas a alimentar cuando se hizo público el costo total de limpieza y renovación de las piezas –más de cinco millones de euros– invertido recientemente.

Sin embargo, desde su instalación, la dinámica de este antiguo patio de honor ha cambiado radicalmente: la gente llega mucho más que antes a este lugar, se sienta en las columnas, platica, fuma, lee, escucha música, los niños juegan... Y en la fuente, cuyo centro es, claro, una columna rayada, quedan más y más moneditas de la (buena) suerte... Quizá sea que, por primera vez, las rayas nos reconstruyeron un espacio *où il fait bon vivre maintenant*...

[1]Titular de la cátedra de *Historia de la simbólica occidental* en la Escuela Práctica de Altos Estudios en París, Francia, y autor de numerosos libros sobre el Medioevo occidental y su imaginario.

[2]Habría que agregar que en una sociedad en la que las enfermedades de piel son las más comunes y también las más temibles, lo manchado representa la decadencia, la marginalización del orden social y, según, la antecámara de la muerte y del infierno. En el campo de la imaginería del siglo XIII, las criaturas satánicas o diabólicas suelen aparecer manchadas o rayadas.

[3]Texto escrito en lengua romance entre 1170 y 1250 por autores anónimos que disimula una feroz crítica social bajo la máscara de un cuento, cuyos protagonistas son animales de granja y del bosque.

[4]«*Je n'expose pas des bandes rayées mais des bandes rayées dans un certain contexte*». Daniel Buren (1938). [«No expongo bandas rayadas sino bandas rayadas en un cierto contexto»].

Dra. Laurence Le Bouhellec
Universidad de las Américas Puebla.
Asociación Mexicana de Estudios en Estética.